

LOS MOROS EN *EL QUIJOTE* *The moors in The Quixote*

Lic. Javier de la Puente Sánchez¹

RESUMEN: Cervantes no fue un escritor multiculturalista cuatro siglos antes de que este concepto existiese. Su experiencia vital como soldado en la batalla de Lepanto, como preso en Argel de los piratas berberiscos y el estudio concreto de todas las referencias que hace en su Obra Maestra a los moros, le reafirman como un autor católico y español, que tenía una enorme compasión hacia los moriscos, pero que no podía identificarse con su punto de vista.

Palabras clave: Quijote, Multiculturalismo, Moros, Moriscos.

ABSTRACT: Cervantes wasn't a multiculturalist writer who lived four centuries before this concept existed. His life experience as a soldier in the Lepanto Battle and as a prisoner of berber pirates in Algiers and also the concrete study of all the references he makes in his Masterpiece towards the Moors, reaffirm him as a Catholic and Spanish author, who had a huge compassion towards the Moorish, but who couldn't be able to identify him with their point of view.

Key words: Quixote, Multiculturalism, Moors, Moorish.

Fecha de recepción: 19-XI-2006

Fecha de aceptación: 13-III-2007

1. Licenciado en Filosofía y Humanidades. Profesor de Instituto de Geografía e Historia. Correo electrónico: j.delapunte@yahoo.es

Cuando todavía tenemos recientes en la memoria la multitud de actividades realizadas con motivo del centenario de la Primera Parte del Quijote, me parece interesante puntualizar algunas ideas que se le atribuyen a su autor en relación con el Islam y que se reflejarían en su principal obra.

Miguel de Cervantes fue hecho preso por piratas berberiscos en 1575 cuando contaba con veintiocho años, y sería llevado a Berbería, a la ciudad de Argel, donde permanecería cinco años. Berbería era llamada la región correspondiente al norte del Magreb, término que hoy aplicaríamos a los siguientes territorios: Libia, Túnez, Argelia, el Sáhara Occidental, Marruecos –el norte de este país llegó a llamarse *Mauretania Tingitana* por los romanos al ser Tánger su capital y dependió en los últimos siglos del Imperio de la Provincia de Hispania– y, por último, la actual Mauritania (único país de la región que mantuvo el nombre romano de «tierra de moros», o «gentes del Sur», es decir, «meridionales», sinónimo también de tierra de bereberes, nombre que es también una deformación de bárbaros o extranjeros; aquellos de los que no se entiende la lengua, pues cuando hablan, lo que dicen suena a oídos de griegos y romanos como *brr, brr...*).

En 1518 los turcos, en plena expansión hacia Occidente, habían comenzado a defender el Mediterráneo Occidental de los ataques españoles y portugueses. Éstos afianzaban plazas en la costa africana como continuación de la Reconquista y para asegurar la navegación –Portugal ya en 1415 conquistó Ceuta y en 1471, Tánger–. En 1558 los otomanos crearon ya la *Regencia* de Argel, pasando a depender, a manera de un protectorado, de Estambul.

Esta introducción puede parecer un tanto erudita, pero es necesaria para justificar el título de este artículo: la palabra *moro* puede tener hoy unas innegables connotaciones peyorativas, pero en sí no indica nada, excepto su ya dicho significado de «meridional», o de «extranjero», al ser sinónimo de «bereber», que es la población mayoritaria de la zona. No obstante, el idioma –dividido en varios dialectos bien distintos– está desde hace siglos en retroceso ante el árabe y ya no es hablado más que por un 30% aproximadamente de la población de la región. Ya en tiempos de Cervantes el término «moro» no indicaba sólo la raza norteafricana, sino también la religión musulmana, cosa que, en buena parte todavía se mantiene, como en refranes aún utilizados como los de «el que tiene padrinos se bautiza y el que no, se queda moro» (que no se usa hoy, ni entonces, en el sentido religioso sino en el de resaltar la enorme ayuda que suponen las influencias para llevar a buen fin cualquier empresa).

La impronta que el mundo islámico, y en mucha menor medida el judío, tiene en el Quijote es muy significativa. «Américo Castro y otros estudiosos, han sugerido que entre los antepasados del escritor había algunos judíos con-

versos»². La expulsión de los judíos, realizada en 1492, le pillaba a Cervantes muy lejos en el tiempo, pero él había participado en la batalla de Lepanto contra los turcos, de resultas de lo cual, acabó tullido de un brazo, y su largo cautiverio le marcó de por vida. Además, entre la publicación de la 1ª y la 2ª parte del Quijote se tomó una decisión que conmocionó a la sociedad española: en 1609, y definitivamente en 1613, se expulsó a los moriscos, decisión que respaldó nuestro autor, pero que humanamente sintió por imaginarse el dolor del exilio de aquellos hombres, él que fue alejado de su patria largos años sin tener siquiera la seguridad de si volvería a ella.

El asunto que nos ocupa es esencial en la obra. Su protagonista se llama Don Quijote *de la Mancha*, que es el nombre árabe de la meseta sur y que designa a un territorio muy llano. Además, según dice Cervantes en el capítulo 9 de la 2ª parte³, él no es autor, sino sólo *comentarista y narrador* de una obra que compró en Toledo a un muchacho, obra escrita por el *historiador arábigo* Cide Hamete Benengeli, a su vez traducida por un *morisco aljamiado* (es decir, que entendía el árabe escrito, pues muchos ya no hablaban más que el castellano). Posteriormente nos dará más pistas sobre el supuesto autor en (I, 15, p. 203), llamándole *sabio*, y en (I, 22, p. 306), autor arábigo *y manchego*. Finalmente, para su caracterización personal, en (II, 53, p. 621), le llama Cide Hamete, *filósofo mahomético*.

Ya el nombre es una broma, pues significa «el señor que alaba la berenjena». La perspectiva es muy compleja y cambiante a lo largo de la larguísima obra: autor moro (¿en la España de comienzos del XVII?), traductor morisco, narrador cristiano y unos personajes protagonistas de los que se duda de continuo sobre si están locos o sólo lo fingen. Incluso el propio *autor* discute sobre la realidad o irrealidad de los hechos que narra, como en la introducción al capítulo 24 de la 2ª parte.

El supuesto autor acepta llamarse moro, nombre que, en principio no significa más que magrebí –occidental, en árabe– porque Magreb se opone a Masreq, que serían las tierras al oriente del Nilo, que dividiría el mundo árabe en dos. No obstante, en España tiene también la connotación de musulmán, que es el sentido que Cervantes le da aquí (si no, no podría ser también manchego). En (II, 54, p. 519) dice «yo, aunque moro, bien sé por la convivencia con los cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fee... (sic)».

2. SALAS, Miguel.: *Claves para la lectura de Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes*, Barcelona, Ed. Punto Clave, 1988, p. 312

3. CERVANTES, Miguel de.: *Don Quijote de la Mancha. Vol. I*, Madrid, Anaya, 1987. A esta edición (y al volumen II, obviamente) se refiere la paginación citada.

La perspectiva múltiple que adopta la novela llega a crear situaciones muy chuscas, de las que a veces uno duda de si salieron de la pluma de su autor por error y luego las arregla aún mejor que si todo lo hubiese tenido perfectamente calculado. El caso más conocido es el robo del rucio de Sancho, que da por hecho pero no cuenta y luego soluciona lo mejor que puede, y que incluso en la segunda parte aún recuerda las críticas que se le hicieron por ese error. Hay otro caso que ocupa a nuestro tema. En (II, 27, p. 333), Cide Hamete Benengeli dice, para afirmar la verdad de su narración «juro como católico cristiano» y el comentarista ha de explicar que «quiere decir que así como cuando el católico cuando jura debe decir verdad, él la dice». En esta misma línea, es chocante la alabanza que el «autor» moro hace de Sancho por ser cristiano viejo en (I, 20, p. 281), es decir, por no tener antepasados ni moros ni judíos. El propio escudero expresará en numerosas ocasiones su orgullo por esta circunstancia, a lo que su amo le replicará que «cada uno es hijo de sus obras». El verdadero autor se adelanta a las críticas que se le pudieran hacer tras la publicación por recrearse en detalles con frecuencia desagradables a los que daban lugar las extrañas situaciones en que caballero y escudero se veían metidos y le carga la culpa en (II, 16, p. 218) a Cide Hamete, que «no quiso pasar en silencio las cosas mínimas y rateras» (ruines).

La opinión de Cervantes sobre los moros no es buena. Quizás el adjetivo más repetido en una u otra forma es que son unos mentirosos; pero no es el único baldón con el que les carga. Otro es el la homosexualidad. El asunto aparece en dos ocasiones: en (I, 45, 618-619) el cautivo que logra fugarse con la ayuda de una mora, que es cristiana de corazón por las enseñanzas de una esclava suya, cuenta su historia y dice: «yo le cupe a un renegado veneciano que, siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchalí, (El Tiñoso, renegado calabrés que llegó a rey de Argel y general de la mar, bajo la autoridad del Gran Turco –el Sultán de Constantinopla–) y le quiso tanto, que fue uno de los más *regalados garzones* que jamás se ha visto». En este contexto, garzón –mancebo– tendría el sentido de joven amante, sin duda, según la mayoría de los comentaristas del pasaje, –como Diego Clemencín, que vivió a caballo de los siglos XVIII y XIX–.

El segundo caso es todavía más claro: En la 2ª parte, (63, p. 747) cuando la hija del morisco Ricote, narra cómo ha conseguido volver de Berbería, –donde dice que para ella Argel era como el mismísimo infierno– hace referencia al caso de don Gregorio, pretendiente suyo y que le acompañó hasta allí. Le hablaron de la belleza de ella al rey de Argel pero, «le llegaron a decir cómo venía conmigo uno de los más gallardos y hermosos mancebos que se podía imaginar. Luego entendí que lo decían por don Gaspar Gregorio. (...) Turbeme, considerando el peligro que don Gregorio corría, porque entre aquellos bárba-

ros turcos en más se tiene y estima un muchacho o mancebo que una mujer por bellísima que sea». Finalmente, consiguen sortear el peligro vistiéndolo de mora y logrando esconderlo en el harén del propio rey. Se mandaría un barco con un renegado que deseaba volver a ser aceptado en la Iglesia y seis remeros cristianos a buscarlo para traerlo de vuelta a España.

Esta hazaña no es muy del agrado de Don Quijote, que hubiera preferido realizarla él solo: (II, 64, p. 752) «sería mejor que le pusieran a él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaría a pesar de toda la morisma». Éste es, por cierto, el término utilizado por Cervantes para describir el pensamiento de su caballero andante cuando se decide a desbaratar el retablo de Maese Pedro: (II, 26, p. 324) «viendo y oyendo tanta *morisma* (...) parecióle ser bien ayudar a los que huían...».

Otra acusación más que se les hace a los musulmanes es la de ser cerrados a las argumentaciones. En la novela inscrita en la 1ª parte (33, p. 504) de «El curioso impertinente», Lotario le acusa a Anselmo de «duro de mollera» y lo compara con los moros a los que no se puede convertir por especulación ni por citas bíblicas, sino sólo por apelación a la razón según él, pero aun así «no basta nadie con ellos a persuadirles (de) las verdades de mi sacra religión».

En cuanto a ser falaces, al comienzo de la segunda parte, (c. 3, p. 47) al poco de hacer aparición el nuevo y fundamental personaje del bachiller Sansón Carrasco, éste critica la fabulación de las extrañas aventuras ya publicadas y le atribuye esta reflexión: «desconsolóle un poco saber que su autor era moro (...) y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas». Esta opinión sobre los vecinos es reiterada: En I, 9, p. 141 dice que «los moros son mentirosos». Los capítulos 39, 40 y 41 de la 1ª parte, en los que se cuenta la historia del cautivo cristiano en Argel, que vuelve a España con la mora que ayudó a liberarlo y que desea convertirse, junto a los capítulos 54 y 63 de la 2ª en los que se desarrollan las historias del morisco Pedro Ricote y de su hija, son los fundamentales para el objeto de nuestro estudio, y en ellos se insiste en lo poco fiables que son: «no te fíes de ningún moro, porque todos son marfuces,» (traidores, pérfidos). (I, 40, p. 625)

La astucia del «moro» –identificado en ocasiones con el «turco», por ser el sultán cabeza entonces del Islam y dominar Berbería–, se manifiesta en las explicaciones que Cervantes da del cambio de manos de Túnez, que había sido tomado por Juan de Austria en 1573: «Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco y, usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen (...) perdióse La Goleta» (Túnez) (I, 39, p. 609-610) y cuando el cautivo le asegura a Zoraida que se casaría con ella, le dice como prueba del valor de su palabra que «los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros», aunque ella aún no se fía y no sabe si hace bien en entregarle dinero para que pueda comprar las volun-

tades necesarias para escaparse y le replica que «vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto hacéis, y os hacéis pobres por engañar a los moros». (I, 41, p. 637) De esta expresión en boca de la musulmana, pero cristiana en su interior, se ve una vez más cómo no consideran ofensiva la palabra.

De igual forma, el padre de la mora al descubrir que ésta se marcha con los cautivos hacia España, grita *en arábigo* «¡cristianos, cristianos, ladrones, ladrones!», no se sabe muy bien si porque consideraba que el ser cristianos añadía peligro al robo en sí, si porque consideraba como identificables ambos términos, o porque si eran cristianos no podían ser más que cautivos que se escapaban. Este mismo personaje, en I, 39, p. 349, ya que ve que va a perder a su hija, se quiere vengar de ella atacando a su fama, expresando de paso sus prejuicios sobre la inmoralidad que cree haber en la Cristiandad: «No penséis que la ha movido a mudar de religión entender ella que la vuestra a la nuestra se aventaja, sino el saber que *en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente*. (...) ¡Oh, infame moza! ¿Adónde vas (...) en poder destes (sic) *perros, naturales enemigos nuestros?*»

Este es un *leit motiv* que se mantiene a lo largo de estas inmortales páginas: el aceptar como natural la enemistad entre los musulmanes y los cristianos, más aún cuando la lucha en suelo español se había prolongado durante casi ocho siglos y en cierta manera continuaba, en el otro extremo de Europa resistiendo el avance turco, que llegaría a las puertas de Viena dos veces, y por todo el Mediterráneo. Ése es el sentido que tienen en la zona oriental de este mar hechos como la batalla de Lepanto y en la occidental la necesidad de situar las ciudades levantinas lejos de la costa –como aún están ahora– para evitar los continuos ataques de piratas berberiscos, como oportunamente recuerda *El Quijote* (I, 51, p. 653): (había temor de que) «por allí anduviesen bajeles de corsarios de Tetuán, los cuales anohecen en Berbería y amanecen en las costas de España y hacen de ordinario presa y se vuelven a dormir a sus casas». La barcaza de los cautivos y la mora–cristiana es asaltada por corsarios franceses y Cervantes hace esta reflexión en boca del cautivo: «Los franceses (...) *como si fuesen nuestros capitales enemigos*, nos despojaron de todo cuanto teníamos» (I, 51 p. 652) Es una reflexión amarga. Admite como natural que los enemigos de los españoles son los moros, pero, en cuanto correligionarios *sensu stricto*, los franceses ni deberían atacar a los españoles ni deberían dejar de apoyar la lucha común contra el *infiel*, como hicieron al no participar en la batalla de Lepanto y llegando a un acuerdo entre el *rey cristianísimo* y el Sultán, máxima autoridad civil y religiosa de casi todo el Islam, contra España.

Este el ambiente de fondo que se respira cuando cuatro años después de publicada la 1ª parte de *El Quijote* se decreta la expulsión de los moriscos, decreto con el que Cervantes está de acuerdo. Las razones que se aducen para

esta decisión son la falta de integración social (siguen haciendo vida aparte, incluso su vestimenta les delata) y religiosa, aunque hubiera muchos casos de sincera conversión, como el que se refleja en las palabras de Ana Félix, hija del renegado Pedro Ricote: (II, 63, p. 745-746) «De aquella nación más desdichada que prudente sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, nací yo, de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fui yo por dos tíos míos llevada a Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como, en efecto, lo soy, y no de las fingidas y aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían a cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla; antes la tuvieron por mentira y por invención para quedarme en la tierra donde había nacido (...) Tuve una madre cristiana y un padre discreto y cristiano, (...) críeme con buenas costumbres; ni en la lengua ni en ellas jamás (...) di señales de ser morisca».

Esta larga cita es la más importante, a mi parecer, de la obra para entender la actitud de Cervantes ante el problema morisco: comprensión con los motivos del Decreto y comprensión para los que lo sufrieron, sobre todo con aquellos que eran verdaderos cristianos o no conspiraban contra el rey con sus hermanos de raza de allende el mar. Por eso alude Ana Félix a la falta de prudencia de su pueblo: Aún estaban calientes los rescoldos de la rebelión de las Alpujarras (1568-1571), en la que los moriscos del reino de Granada proclamaron su propio rey frente a Felipe II, que envió a su hermanastro Juan de Austria para sofocar la rebelión, que fracasó por la falta de apoyo por parte de los turcos y sus hermanos de Berbería, cosa de lo que no estaban tan seguros que faltase en caso de nueva rebelión. Ésta sería en todo caso, difícil, pues en 1571 buena parte de los moriscos había sido dispersada por Valencia (allí eran un tercio de la población) y por Castilla, donde se mezclaron con el elemento mudéjar, que ya estaba allí asentado hace siglos.

Persistía el temor a que este pueblo –musulmanes de corazón o reales unos, cristianos sinceros otros– pudieran servir de cabeza de puente para una eventual invasión turca de la Península, a pesar de que un siglo antes (1502) otro decreto obligase a la conversión al cristianismo de todos los súbditos de la Corona de Castilla (incumpliendo de este modo las Capitulaciones de Reino de Granada, que garantizaban la libertad religiosa de los nuevos súbditos castellanos).

Un siglo después, el personaje de Pedro Ricote vuelve a España desde Alemania, a donde huyó (II, 54, p. 637) porque «allí me pareció que se podía vivir con más libertad (y) (...) en la mayor parte della (sic) se vive con libertad de conciencia» a desenterrar un tesoro que no se pudo llevar y le confiesa a su vecino Sancho: (II, 54, p. 638) «mi hija (...) y mi mujer son católicas cristianas,

y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro y ruego siempre a Dios que me abra los ojos del entendimiento y me dé a conocer cómo le tengo que servir». Por eso hablaba su hija de un padre *discreto* y cristiano. Probablemente quería decir que era religiosamente tibio en sus convicciones.

Cervantes usa la figura de este interesantísimo personaje para poner en sus labios su opinión (que era la general) sobre el decreto de expulsión: (II, 65, p. 765) (como el Rey) «vee (sic) que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa que del unguento que molifica (...) porque no le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raíz escondida, que con el tiempo venga después a brotar, y a echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenía. ¡Heroica resolución del gran Filipo Tercero!».

Si ya en la historia del cautivo teníamos moras que eran cristianas, renegados que eran peores que los mismos moros y renegados que en realidad no lo son y desean volver a España, en la historia de Ricote tampoco faltan. Hay un renegado que ayuda a su hija a regresar, y del cual dice ella que (II, 63, p. 748) «bien sé que es cristiano encubierto» para así también poder volver él y dejar claro lo que es: (II, 65, p. 765) «Reincorporóse y redujóse el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido, volvió lo limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento».

En *El Quijote* hay muchas otras referencias al carácter moro, ninguna buena: personajes maléficos surgidos de la imaginación del caballero andante que también son moros, músicas árabes que suenan cuando van a aparecer fuerzas del mal y curiosas y no muy positivas referencias a negros, judíos y gitanos. También hay muchos recuerdos a la Reconquista y al motivo que la provocó: la historia del último rey visigodo, don Rodrigo y la Cava, (puta, en árabe) hija del conde Don Julián, gobernador de Ceuta, en la que éste abre las puertas del Estrecho a los árabes al saber que su señor natural ha seducido a su hija, que estaba en Toledo, lejos de la protección paterna.

Sin embargo, si hay una constante, sobre todo en la 2ª parte, por el ya citado decreto de expulsión de los moriscos, es la cantidad de veces –una media docena– que Sancho, y algún otro personaje, se enorgullecen de ser «cristianos viejos», es decir, sin mezcla de sangre mora ni judía entre sus antepasados. En (I, 47, p. 733) Sancho Panza afirma de sí mismo: «aunque pobre, soy cristiano viejo y no debo nada a nadie (...) y cada uno es hijo de sus obras» (lo que constituye una contradicción con su primer motivo de orgullo. Si uno es lo que hace ¿a qué viene enorgullecerse de lo que creyeron o dejaron de creer sus antepasados?).

Quizás la cita más curiosa sobre el asunto sea ésta de la conversación preliminar que se halla al inicio de la 2ª parte (4, p. 64):

«– Mirad, Sancho –dijo Sansón–, que los oficios mudan las costumbres, y podría ser que viéndoos gobernador no conociédeses a la madre que os parió.

–Eso allá se ha de entender –respondió Sancho– con los que nacen en las malvas y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos como yo los tengo».

Los que *nacen en las malvas* son los de origen oscuro y humilde; y la *enjundia* es una grasienta referencia al tocino del cerdo que no podían comer ni judíos ni moros (y que comían ostentosamente en caso de conversión para hacer patente su nueva condición.) Es asimismo ingeniosa la crítica que se hace a los hidalgos, de los que por proceder del norte ya había que presuponer su pertenencia al menos a la baja nobleza y, por supuesto, su limpieza de sangre.

Teresa Panza, tras hacerse leer la carta de la Duquesa en la que le da noticias de su marido, elevado a gobernador, exclama: (II, 50, p. 591) «Con estas tales señoras me entierren a mí, y no con las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van a la iglesia con tanta fantasía como si fuesen las mismas (sic) reinas, que no parece sino que tienen a deshonor el mirar a una labradora». Poco sabía que su marido no estaba disfrutando ya de su tan anhelado puesto y, cuando tras la última farsa, toma la decisión de volver a los caminos con su señor, exclamaría (II, 53, 629) «Así dejaré de irme como de volverme turco», siendo ésta la imagen de una situación imposible para un cristiano: la de siquiera plantearse la conversión al Islam.

Sirvan estas referencias para deshacer la falsa idea en boga de que Cervantes era un adalid de la multiculturalidad *avant la lettre* y de que la segunda parte de su obra es un alegato a favor del mantenimiento de la minoría morisca en las condiciones en las que permanecía en España. No es así y las citas aducidas lo ponen de manifiesto. Lo que sí muestra el autor de la obra es una inmensa compasión hacia la desgracia personal de cada uno de los desterrados, personificados en Ricote el morisco, que exclama al contarle sus penas a su vecino y amigo Sancho: (II, 54, p. 637) «Doquiera que estamos lloramos por España; que, en fin nacimos en ella y es nuestra patria natural».